



EIDES

Cartas desde el Altiplano

Josep M. Fernández
de Henestrosa (PPH)

CARTAS DESDE EL ALTIPLANO
PARA LEER Y ORAR EN TIEMPO DE EJERCICIOS

Josep M. Fernández de Henestrosa (PPH)
Carles Marcet (ed)

Presentación	3
Cartas propuestas para entrar en los ejercicios	5
Sobre el Principio y Fundamento	9
Sobre la relectura de la propia vida	12
Sobre la misericordia	17
Sobre el llamamiento del rey	20
Sobre las dos banderas y los modos de humildad	23
Sobre la pasión	27
Sobre la resurrección	29

Josep M. Fernández de Henestrosa (PPH). Jesuita que vivió en Bolivia durante más de 30 años. De 1972 a 2001 vivió y trabajó con el pueblo Aymara, primero en Tiwanaku y después en Q'urpa, entregándose en cuerpo y alma. Q'urpa se convirtió en un centro importante de educación y salud para toda la zona generando también una comunidad amplia y diversa. Fue párroco de dos parroquias muy extensas, realizando un importante trabajo pastoral con catequistas y diáconos permanentes. Mostró un gran respeto y admiración por la cultura aymara y sus manifestaciones religiosas y ayudó a sacarlas de la clandestinidad, promoviendo e impulsando la teología aymara. En 2004 murió en Barcelona. Póstumamente, publicamos *Cartas desde el altiplano interior* (EIDES n. 45).

Edita Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38, e-mail: info@fespinal.com, www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. Depósito Legal: B 16182-2021
ISBN: 978-84-9730-493-1, ISSN: 2014-654X, ISSN (virtual): 2014-6558
Edición: Santi Torres Rocaginé. Corrección: Cristina Illamola
Maquetación: Pilar Rubio Tugas. Octubre 2021

Protección de datos: Los datos de los destinatarios de la presente comunicación provienen de los ficheros históricos de la Base de Datos General de Administración de la Fundació Lluís Espinal (Cristianisme i Justícia), y se incorporaron con el previo consentimiento de los interesados otorgado, o bien directamente o bien a partir de las relaciones jurídicas mantenidas con la fundación, tal y como se dispone en el artículo 6.2 de la LOPD y el artículo 21 de la LSSI. La finalidad de su conservación es mantener informados a nuestros suscriptores e interesados sobre sus servicios y las actividades que organiza y en las cuales participa. Su información no será cedida a nadie, pero sí que puede ser utilizada en plataformas externas a los sistemas de la fundación para facilitar el envío de los correos electrónicos. Puede completar esta información consultando el aviso legal publicado en la web <https://www.cristianismeijusticia.net/avis-legal>. Por lo que hace referencia a su información, en cualquier momento puede consultar, acceder, rectificar, cancelar, limitar su tratamiento, solicitar la portabilidad de los datos, prohibir las decisiones individuales automatizadas y oponerse, total o parcialmente, a que la Fundació Lluís Espinal conserve los datos, escribiendo al correo electrónico info@fespinal.com, o si lo prefiere, dirigiendo un escrito a la calle Roger de Llúria, n. 13, piso 1º, de Barcelona (08010).

PRESENTACIÓN

El año 2005, EIDES publicó uno de sus cuadernos, el número 45, titulado *Cartas desde el altiplano interior*, de Josep M. Fernández de Henestrosa, más conocido por sus amigos y compañeros como PPH. Se trataba de una selección de cartas, recopiladas y presentadas por Marcos Recolons sj, que él iba escribiendo a sus amigos, desde que, en febrero de 2001, se le detectó una fibrosis pulmonar que le obligó a venir a Barcelona para seguir un tratamiento médico. PPH fue conviviendo buenamente con su irreversible enfermedad hasta su muerte el 31 de mayo de 2004.

Sin embargo, su vida como jesuita había transcurrido mayoritariamente en la región del Altiplano de Bolivia, desde 1972. A partir de 1983, empezó a escribir las que más tarde se conocerán como *Cartas a las hermanitas*. Se trataba de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia, congregación de origen boliviano y pionera en el compromiso con el mundo rural. Esta colección de cartas viene a ser como una serie de pláticas inspiradoras y cercanas sobre lo concreto de sus vidas. A partir de 1985, lo que había empezado como unas modestas cartas, fue creciendo hasta convertirse en un instrumento regular de comunicación con un círculo cada vez más amplio de amigos, dentro y fuera de Bolivia. PPH las titulará *Cartas desde el Altiplano* y están formadas por un total de más de ochenta cartas. Así comienza la primera de diciembre de 1985: «Algunos de ustedes me han pedido que de vez en cuando les escriba “desde el Altiplano”. La verdad es que me gusta escribir y lo suelo hacer bastante a menudo en mi oración, por lo que he pensado que escribirle a Él o escribirles a ustedes es casi lo mismo, pues en el corazón de Él nos encontramos todos»¹.

En sus escritos, el propio PPH divide el largo tiempo vivido en el Altiplano en tres etapas –no totalmente estancas, pero sí suficientemente distinguibles–: a la primera (1976-1983), la llama *nazarena*, fundamentalmente contemplativa, de convivencia con el pueblo aymara y de impregnación de su fe y de su cultura; la segunda (1984-1994) es más activa, tanto en la organización de proyectos sociales como formativos y catequéticos; a la última (1995-2000), la llama *La crisis de Galilea*, en la cual se centra en el acompañamiento de Ejercicios y en la formación espiritual de personas.

En el marco de esta última etapa, presentamos en este cuaderno fragmentos de algunas de sus *Cartas desde el Altiplano* que él solía utilizar cuando proponía los Ejercicios Espirituales en algunos momentos del proceso, a modo de pistas para la oración personal.

1. ALBÓ, Xavier (2009). *José Fernández de Henestrosa desde su altiplano exterior e interior*. Bolivia: Ed. Don Bosco, p. 296.

En concreto, en este cuaderno el lector encontrará ocho de las múltiples *Cartas desde el Altiplano* que PPH escribió a sus amigos. Estas ocho las utilizaba en su propuesta de Ejercicios Espirituales. Las hemos conservado en su literalidad original, con pequeños retoques redaccionales, y obviando algunos párrafos que hacían alusión a concreciones muy específicas, innecesarias para lo que aquí pretendemos.

Las cartas de PPH realmente tienen «sabor de Altiplano». El Altiplano era «su lugar en el mundo», donde vivir, compartir, rezar, pensar, trabajar, servir... Configura así «la composición de lugar» desde la que proponer los Ejercicios: sus rincones, sus paisajes, sus noches estrelladas, sus gentes, su pobreza y su grandeza... Es el lugar de vida desde donde pedir «aquello que se anda buscando», «la gracia que se desea alcanzar». PPH invita a desear a Dios mismo, Amor que desciende hasta lo más bajo e ínfimo. Pide la sensibilidad para dejarse alcanzar por Él, para encontrarlo entre las gentes olvidadas y crucificadas de la tierra, justo allá donde se hace más presente y donde desea ser encontrado. Y una vez alcanzado por el Amor que desciende, que es pleno y concreto en Jesús el Cristo, pide desear seguirlo en su proyecto de vida abundante para todos, poniéndose al servicio de la Vida.

En sus *Cartas desde el Altiplano*, vida y muerte rondan con una presencia singular. Para él, está claro que en el seguimiento de Jesús, tomado en serio y con radicalidad, no es posible vivir al margen de la muerte –a menos que uno consienta con un seguimiento «líquido»–, no es posible ignorar la realidad crucificada del pueblo en el que se ha insertado, sediento de esa promesa del Padre de una vida abundante para todos. En el Altiplano, uno se siente constantemente invitado a «con-morir» con el pueblo, crucificado en el Crucificado, lo cual es la manera evangélica de «con-vivir» con él. A su vez, para PPH está igualmente claro, después de tantos años de convivencia con el pueblo, que, si bien es verdad que la muerte ronda sus vidas, también es verdad que muchas veces –si se sabe mirar con los «ojos de Dios» la Vida ronda sus muertes. En el pueblo crucificado, PPH encuentra una Vida y una Esperanza que no encuentra en otros lados, donde la muerte se esconde más y se afronta menos.

Parafraseando a San Pablo, en vida y en muerte somos del Señor de la Vida, que nos ha alcanzado en Jesús y en su Espíritu para ser canales de «su Amor», especialmente entre los más desposeídos de la tierra. Y de este Amor –por el cual tantas veces somos conducidos al matadero– nada ni nadie nos podrá separar, ni la tribulación, ni la espada, ni el sufrimiento, porque es Fiel y se ha comprometido con nosotros. Como diría el propio PPH, «porque es Bueno y nos invita a ser buenos como Él».

En definitiva, las cartas que transcribimos a continuación son una invitación a vivir nuestra vida pascualmente, a proseguir junto a nuestros hermanos la Pascua, el Paso de Jesús, el Señor.

Carles Marcet sj

CARTAS PROPUESTAS PARA ENTRAR EN LOS EJERCICIOS

La primera de ellas va dirigida a las postulantas y novicias de la congregación de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia, cuya comunidad estaba en el Altiplano. PPH les brinda una serie de consejos, a modo de adiciones, que puedan ayudarles a entrar serena y gozosamente en los Ejercicios, dado que para muchas de ellas va a ser la primera vez que los practican. La segunda, de 1987, recuerda cómo Dios y Padre Nuestro «nos echa de menos», nos busca, nos espera, quiere entablar relación con nosotros. Esto es precisamente lo que «andamos buscando» cuando nos disponemos a iniciar la experiencia de los Ejercicios.

La primera experiencia de los Ejercicios (diciembre, 1983)

Queridas hermanas:

La semana que viene van a tener sus Ejercicios espirituales. Creo que para la mayoría de ustedes va a ser la primera vez, y se me ha ocurrido escribirles algunas palabras sobre esto que es tan importante. Con este retiro inician un camino en el que cada año van a repetir

la experiencia de dedicar «un tiempo» a estar más intensamente a la escucha de lo que Dios quiere de cada una de ustedes. Uno va a estar con Dios de una manera diferente. Muchas veces nos sentimos no solo inútiles, sino pecadores, es decir, muy lejos de lo que Dios nos pide que seamos. Pero, por encima de esto, sentimos que Dios está cerca y deseamos poder estar más con Él. El retiro es el mejor ejercicio que tenemos para poner a prueba nuestra generosidad y nuestro gran deseo de

que Dios penetre en lo más profundo de nuestro ser, de forma que sea Él el que nos lleve de la mano en este caminar, siguiendo a su Hijo.

En el retiro descubrirán lo que es Dios en sus vidas concretas. La mayoría del tiempo lo pasarán en su cuartito o en la capilla. Les hará pensar mucho que ese mismo Dios que les ha sorprendido con la majestuosidad de la naturaleza ahora está disponible para escucharlas a ustedes y hablarles. Se sentirán muy grandes y muy importantes, pues Dios se encierra con ustedes para charlarles como a un amigo. No pierdan su tiempo y aprovechen al máximo las horas para escucharle, hablarle o, sencillamente, estar con Él.

Ustedes en Machaqa habrán experimentado que en determinados momentos hay un silencio muy grande... En el retiro también nos es necesario el silencio para escuchar lo más profundo de Dios, lo más profundo de los hombres, lo más profundo nuestro. Ayúdense a no romper ese silencio tan hablado. Respeten esa forma que tiene Dios de hablarnos en estos días de retiro. Si aprenden a escuchar a Dios, les será mucho más fácil aprender a escuchar a los hombres. En Machaqa también han ido aprendiendo a estar solas, como contagiadas por la aparente soledad del Altiplano. Y es que, en estos lugares en los que parece que todos se han olvidado que existe, es en donde uno empieza a comprender lo que es sentirse acompañado y lo que es acompañar a la gente. Por eso creo que en el retiro les costará poco retirarse a la soledad del cuarto y se les confirmará esa vivencia de sentir a Dios tan cerca.

Con estos dos marcos del silencio y la soledad, que ya en Machaqa han co-

menzado a vivir, el retiro se les convertirá en una linda experiencia en la que su vocación se les irá esclareciendo. Poco a poco les irán llevando, a través de las meditaciones, a seguir con todas sus facultades a Jesús. Todo su querer y toda su libertad, todos sus deseos y sus sueños para el futuro se verán atraídos por esa «palabra» silenciosa de Jesús y por esa «compañía» solitaria de su persona. En algunas meditaciones se les dirá que empleen toda su imaginación y todos sus sentidos para contemplar la vida de Jesús. Recorrerán con Jesús caminos que bien podrán ser los del Altiplano. María les prestará a su Hijo recién nacido, que bien podrá ser como cualquiera de los *wawas* (bebé, en aymara) que tan a diario ven por aquí. Jesús tendrá rostros concretos que les exigirán lo mejor de ustedes.

Otras meditaciones les ayudarán a comprender el «sí» de su vocación. Empezarán a comprender mejor el gran regalo que Dios les está ofreciendo y, como San Ignacio decía, les surgirá de su corazón esa petición a Dios Padre de que «les ponga junto a su Hijo».

En todo retiro siempre hay un director que nos ayuda y nos orienta a interpretar qué es lo que Dios quiere de nosotros. Acudan a él con gran libertad y transparencia. Cuéntenle todo lo que van sintiendo y lo que van reflexionando. Díganle si se han sentido tristes o alegres, si se han dormido o si han estado muy atentas, lo que les parece que Dios les pide y lo que les parece que ustedes no quieren darle. No tengan miedo de ser muy transparentes...

Ya poco más se me ocurre recomendarles para estas «vacaciones con el Señor», solo decirles que sepan que estos días se espera mucho de ustedes,

y lo esperan toda esta gente del Altiplano o de otras partes del país con las que más adelante tendrán que vivir y a las que deberán acompañar. Hasta pronto

Venimos a «echarnos de menos» (febrero, 1987)

Sinti munat jilatanaka kullakanaka
(Muy queridos hermanos y hermanas):

Cuando alguien que ha vivido por un tiempo en el Altiplano se ausenta, se produce una ruptura en el que se va y en los que se quedan: «se echa de menos». Sobre esto quiero pasar hoy un rato con ustedes.

La lengua aymara es una «lengua de ángeles». Tiene un verbo, *tumpasiniña*, que expresa maravillosamente este sentimiento de totalidad que el Altiplano ejerce sobre sus moradores. Se puede traducir por «ir a visitar, ir a ver, ir a percatarse ocular y personalmente de alguien o de algo considerado como propio y, por tanto, muy querido, muy amado, muy apreciado por uno. Un ir a echarse de menos». Sentimiento que no se satisface de una sola vez, sino que reiterativamente surge en el corazón como algo ineludible.

La inmensidad del Altiplano nos hace sentir minúsculos en medio de él; por eso, cuando de pronto, en nuestra vida sumergida en esta inmensidad, se nos acerca un campesino y nos dice «he venido a echarte de menos» se experimenta como un «desvelamiento» de la profundidad del Altiplano. ¡Uno se pensaba y se sentía pequeño, desconocido, extranjero... y de pronto le hacen notar que alguien en su corazón se ha apropiado de uno! Esta experien-

cia personal es lo más parecido que me he encontrado a la experiencia de Dios en nuestras vidas y en nuestra historia. Dios con el nuevo atributo del que viene a *echarse de menos* de cada uno de nosotros, pues somos alguien para Él, somos su propiedad y no puede vivir sin nosotros.

A veces pienso que este sencillo verbo, que tan bien expresa el corazón del pueblo aymara, es como la puerta de comprensión del misterio de los pobres, los predilectos de Dios. Es como si su soledad y su silencio —tan desconcertantes para nosotros— estuvieran anclados firmemente en la secreta esperanza de que hay alguien que repetidamente viene a *echarse de menos* con su Presencia y su Palabra. Y que ellos también saben cómo expresarle el ir a *echarse de menos* de Él. Y es este saber el que se expresan entre ellos y que manifiestan con todas aquellas personas que se les acercan. Sabiduría de los pequeños detalles del compartir cotidiano que nos abren la puerta del «respeto a la vida». Desgraciadamente, se pueden tener ojos y no ver, y oídos y no escuchar, pasar muchos años junto a ellos y no tener nada ni nadie de que echarse de menos. Es como vivir sin Dios, sin hermanos, sin comunidad, sin rostros concretos...

Ir a echarse de menos no es ir a controlar, a vigilar, a pedir cuentas, a juzgar. No se va a echarse de menos por utilidad o para buscar seguridades personales; diría que se va porque sí, porque se ama. En el amor que empuja a *ir a echarse de menos*, se encierra el ingrediente de la capacidad de sorpresa. Es una aventura que cuando se inicia va acompañada de alegría, de esperanzas, de inquietudes, de anhelos, y que cul-

mina en el encuentro con lo otro de sí mismo... Creo que, en unos lugares de una manera y en otros de otra, esta manifestación de amor, que es mezcla de sentirse de otro y de sentir a los otros en sí mismo, nos impulsa a ir a echarnos de menos de quien nos la ofreció.

El mundo es como un inmenso altiplano en que poco a poco hay muchos lugares en los que hay muchas cosas y muchas personas a las que nos gustaría *ir a echarnos de menos*. Curiosamente, en cada persona también

hay un «altiplano interior» que nos ha acogido y regalado. Lo mejor de cada uno de ustedes está ahí, en ese «altiplano interior». Es lo que sostiene y hace crecer. Busquen su Altiplano estén donde estén. Búsquenlo con esos ojos nuevos allí donde a los ojos de los demás parezca que no hay vida, a las afueras, en el desierto, en los márgenes, y quédense por un tiempo. Un día vendrá alguien *a echarse de menos* de ustedes. Invítenlo a cenar y se quedará para siempre en su corazón. Hasta otra.

SOBRE EL PRINCIPIO Y FUNDAMENTO

Con esta carta, PPH acompañaba su presentación del Principio y Fundamento [Ej 23]. En ella pone su empeño en destacar cómo es ese Dios que nos ha invitado a vivir alabándole, haciendo reverencia y sirviéndole.

Dios es Padre (febrero, 1994)

Sinti munat jilatanakampi kullakanakampi (Queridos hermanos y hermanas):

Nuestra relación con Dios no siempre ha sido «significativa», pues la mayoría de las veces, en vez de mostrarnos el camino para nuestro encuentro con el Padre de Jesús, nos ha presentado solo imágenes o ideas sobre Dios, que poco a poco han ido debilitando nuestra atracción por la Vida y nuestros deseos incontenibles de amar y ser amados. Con estas falsas imágenes, el miedo se ha ido introduciendo en nuestro corazón y nuestros sueños y esperanzas se han ido poco a poco marchitando.

Hay momentos en la vida en que nos conviene ponernos a reflexionar sobre nuestro Dios, sobre qué puede significar que se nos haya revelado como nuestro Padre, o que se haya mostrado como el Hijo de este Padre a través de una vida compartida hasta el fin como Hermano, o que se nos haya hecho presente en lo más profundo de nuestro corazón como Espíritu.

Que Dios es «nuestro Padre» significa vivir profundamente que hay Alguien que nos ama «porque sí», «siempre», «a pesar de nuestra respuesta». Nos ama «por Él mismo», no porque seamos buenos, fuertes, solidarios, cumplidores de sus mandatos, generosos, inteligentes, fieles. Nos ama siempre, sin paréntesis, sin apartarse un solo momento de nosotros; cuando nos

acordamos de Él y cuando no nos acordamos; cuando nos sentimos totalmente solos y cuando nos sentimos acompañados; cuando somos insolidarios con el sufrimiento del pueblo crucificado y cuando somos cercanos; cuando las cosas nos van bien y cuando nos van mal; cuando fuimos engendrados y cuando la muerte, el sufrimiento o la enfermedad nos rondan. Nos ama a pesar de nuestra respuesta y por encima de ella, a pesar de que nosotros le seamos infieles, a pesar de que nuestras respuestas a su Amor sean ambiguas, mezquinas, egoístas, calculadas, tibias e incluso provoquen muerte en los hermanos. Nos ama incondicionalmente, respetando nuestra libertad como el don más preciado que nos ha dado y sin arrepentirse de habérselo dado.

La Vida es lo más importante y lo que más quiere para todas las personas es que «tengan vida en abundancia». Su Reino es una «promesa»: nuestro Padre Dios se ha comprometido para que sea realidad y «sabemos que para Dios nada es imposible». Todo lo que existe y lo que hay en nosotros, todo lo bueno que podamos hacer, tiene su origen en nuestro Padre. Así aprendemos a «dar gracias» y podemos «fiarnos absolutamente» de Él. Podemos caminar con plena confianza, a pesar de las dificultades que se nos presenten, pues sabemos que nuestro Padre siempre está a nuestro lado y nos lleva de la mano.

A Dios Padre «se le conmueven las entrañas» al ver el sufrimiento de la gente, como a una madre se le conmueven las entrañas al ver a su hijo enfermo o que sufre. Su amor es tan grande que nos ha dado lo mejor de Él, a su Hijo, para que nos enseñe cómo acoger su Reino. Tiene una misteriosa

predilección por los pequeños de este mundo, los pobres, pues es en ellos en donde no se cumple su Plan de Vida abundante. Nos ha dado todas las cosas para que en todas podamos descubrir el Amor que ha puesto para que disfrutemos de la vida «amando siempre».

Que Dios es «nuestro Padre» significa, sobre todo, que seremos de verdad «hijos de Dios» en la medida en que seamos «hermanos de todos». Porque Jesús, el Hijo de este Dios Padre, se nos ha mostrado como el Hermano. Entonces, el mundo y la vida quedan transformados; entonces la vida es para amar a todos y todos merecen un respeto absoluto y sin condiciones. Entonces, nuestra vida consiste en dar lo que hemos recibido y, sobre todo, en «darse a los demás», hasta el fin, hasta haberlo ofrecido todo y quedarnos sin nada, hasta descubrir que hay más alegría en dar que en recibir. Nuestra vida no consiste en saber mucho, sino en dar, en vivir amando. Estamos llamados a ser «apasionados por la vida», llamados a defenderla, a no hacer nada que atente contra ella, y a ser «delicados con todos», sintiendo esa extraña predilección por todos aquellos hermanos que tienen menos vida, los pobres, los enfermos, los marginados, porque en ellos vemos a un Dios que muere.

Solo «conocemos a Dios» si amamos a nuestros hermanos, si todo lo mejor de nuestra vida se lo «damos» a ellos, a los más pequeños; si nuestra vida está tejida del deseo de que sus alegrías y sus penas sean las nuestras. Así aprenderemos a que nuestras lágrimas sean sinceras y nuestras risas, contagiosas. Nuestra vida es para que los cojos anden, los ciegos vean, los presos sean liberados y a los pobres

se les anuncien las Buenas Noticias de que podrán comer pan cada día, ser atendidos con cariño en sus enfermedades, educar bien a sus hijos, trabajar en trabajos dignos, etc.

En todos los hombres, lo más profundo es Dios; lo más profundo es un mismo Espíritu, el Espíritu de Hijos y Hermanos. De esta forma descubrimos lo que es el Espíritu. Que Dios es nuestro Espíritu significa que lo más profundo de cada uno de nosotros es Dios. Significa que el amor con que damos la vida por los demás es el mismo amor con que el Padre ama a su Hijo; que el amor con que damos un vaso de agua, con que sonreímos a una *wawa*, servimos al pobre, nos preparamos estudiando o trabajamos con nuestras manos es el mismo amor con que el Padre resucitó a Jesús de entre los muertos.

No nos hemos de preocupar por qué es lo que hemos de hablar frente a los poderosos de este mundo, pues el Espíritu de Jesús hablará por nosotros. Cualquier cosa buena que deseemos, soñemos o pidamos se nos concederá, pues es el mismo Espíritu de Jesús el que desea, sueña o pide en nosotros. Y, aunque hay muchos momentos en la vida en los que sentimos que «ya no podemos más» y todo se nos tambalea, sí podemos, pues el Espíritu de Jesús que no le hizo abandonar en su misión de entrega total nos da su fuerza.

Hemos de acostumbrarnos a vivir a Dios como Padre, como Hijo-Jesús, el

Hermano mayor, y como Espíritu, para que así toda nuestra vida sea una obra en favor de los hombres y mujeres a los que queremos servir. No se trata, en nuestro trabajo de cada día, de solo ir a dar un poco de nuestro esfuerzo, sino sobre todo de ir a comunicar una forma de vivir amando, en la que podamos mostrar a las gentes que hemos sido llamados a vivir como hermanos e hijos.

Bueno, acabo por hoy. Espero que estas sencillas notas les hayan ayudado a descubrir que hay momentos en la vida en los que nuestro corazón siente que necesita comunicarse con el Dios Padre y Madre que nos lleva de la mano o nos cobija en su seno y que es más grande que todo. O, sencillamente, descubrir que necesitamos hablar con Jesús, el Amigo fiel, en quien se puede confiar plenamente y de quien sentimos que nos llama por nuestro nombre para que le acompañemos en la tarea de construir un mundo más humano y lleno de vida. O incluso descubrir que el Espíritu –lo más profundo nuestro– ha hecho surgir de nosotros la fuerza para que la alegría, el amor, el perdón, la paz, la justicia y la bondad broten por todas partes, pero, sobre todo, en los más pequeñitos. Si es así, busquen cómo compartirlo y sentirán «la alegría que nunca se acaba». Una vez más gracias por compartir conmigo «que es muy bueno para todos que Dios sea el Dios Padre de Jesucristo». Un abrazo.

SOBRE LA RELECTURA DE LA PROPIA VIDA

Junto al Principio y Fundamento, PPH también propone al ejercitante hacer una relectura de su vida percibiendo cómo ese Dios Padre la ha ido acompañando y conduciendo; una nueva luz sobre la propia historia que puede despertar un agradecimiento infinito y un deseo de servirle en todas las cosas. Este ejercicio, además, puede irse convirtiendo en hábito, más allá de los días de ejercicios, en la vida cotidiana del ejercitante. Es lo que Ignacio llamaba el examen general [Ej 32-43].

El examen de conciencia (octubre, 1994)

Sinti munat jilatanakampi kullakanampi (Queridos hermanos y hermanas):

Durante los meses de junio y julio me ha tocado en suerte el poder asistir a un taller sobre el caminar con el Espíritu de Jesús a través de la vida, a partir de la experiencia interior que Ignacio de Loyola realizó en su vida. A través de la vida en el Altiplano quiero comunicarles un poco de esta práctica que Ignacio llama examen general.

En la última carta sobre «nuestro Dios» en la que, a partir de la realidad de cada día, les intentaba mostrar

cómo se hacía presente el Misterio de Dios en nuestras vidas, Misterio a la vez grande y a la vez asequible. Era una especie de «Credo» vivido en el transcurso de cada día, en base a descubrir como Dios está mucho más cercano de lo que podemos imaginar. Hoy quisiera acompañarles en el aprendizaje diario que nos permite traducir «en una realidad vivida» lo que allí les escribía, de forma que no solo sea una teoría más de las que vamos pensando, sino que sea una disposición interior que nos permita «vivir amando» la cotidianeidad, es decir, la realidad concreta que cada día nos toca vivir. En otras palabras, se trata de dedicarle un rato cada día a aprender a vivir sabién-

donos guiados y sorprendidos por el Dios que nos lleva de la mano.

Esta forma de caminar resulta más fácil en el Altiplano, pues en cualquier momento nos sentimos rodeados de algo más grande que nosotros que nos invita a sentirnos parte de la inmensidad del mundo. Si es por la mañanita, al iniciar la jornada, el vasto horizonte que se nos presenta delante de nuestros ojos nos empuja a iniciar el nuevo día mirando hacia la inmensidad de las pampas, como vislumbrando que en ellas hay muchos secretos que descubrir. Si es por la noche, al acabar el día, la mirada hacia el cielo maravillosamente estrellado nos invita al descanso, como confirmándonos que lo que hemos vivido a lo largo de la jornada está guardado en ese infinito mundo de las estrellas. Así, nuestra jornada queda enmarcada y a la vez protegida por «alguien más grande» que nosotros.

El Altiplano nos permite descubrir que en nuestra vida de cada día no somos el centro sobre el que giran todas las personas y cosas, y a la vez descubrir que hemos vivido un día cobijados y llevados de la mano por Alguien para quien sí hemos sido el centro de la vida. El Altiplano nos permite vivir que lo importante no es tanto lo que hayamos podido hacer o analizar si las cosas han salido bien o mal, sino que hayamos seguido al Señor en la cotidianidad de la vida, que le hayamos reconocido muerto y resucitado «presente» en los numerosos rostros concretos de las personas. El Altiplano nos invita a cambiar la pregunta que muchas veces nos hacemos —«¿Qué he hecho yo hoy?»— por esta otra: «¿Qué ha hecho hoy Dios conmigo?». Nos ayuda a descubrir que el centro ya no soy yo, sino que

es Dios. Y es que, en este maravilloso marco del Altiplano, todo nos empuja a «ver» qué es lo que hoy Dios ha hecho con cada uno de nosotros a través de los acontecimientos que hemos vivido y de los «rostros concretos de Jesús», presente en las personas con quienes hemos compartido nuestra jornada.

Esta contemplación de la jornada —junto al Dios Bueno— muchas veces la hemos entendido como una mera «reflexión» o «evaluación» de lo que el día anterior nos habíamos propuesto realizar. Como si el día anterior nos hubiéramos hecho un guion de lo que pretendíamos vivir al día siguiente y en ese momento tratáramos de reproducir el «vídeo» que hemos filmado a través de nuestros propósitos. Pero lo que nos suele ocurrir es que, a medida que vamos «revisándolo», nos va entrando un cierto malestar —por no decir un complejo de culpabilidad— al ir viendo que cualquier parecido con lo que nos habíamos trazado es pura coincidencia. Y resulta bastante normal que poco a poco vayamos dejando esta práctica, por lo que tiene de moralista o de enfermiza introspección y porque se nos convierte en algo imposible de llevar a cabo.

La invitación que Dios nos hace adquiere un matiz diverso. Se nos invita a que en el silencio del corazón nos dispongamos a «contemplar» el vídeo que Dios ha filmado de nosotros a lo largo de la jornada. Él nos muestra cómo ha vivido con nosotros nuestra jornada y cómo ha estado presente en toda ella. Es una sesión en la que Dios nos presta sus ojos para que cambiemos nuestra forma de ver la vida, de manera que veamos los acontecimientos del día como lo vivido con Él. Lo primero que vemos «con los ojos de Dios», y que nos llena

de sorpresa, es que nos permite comparar cómo el Señor actúa en nosotros y la forma como actuamos con los demás.

Este mirar la jornada con los ojos de Dios despierta en nosotros la actitud de dar gracias, de gratitud. Actitud agradecida que suele estar dormida en nuestro corazón, pues muchas veces la misma vida tan llena de dificultades nos ha centrado en nosotros mismos y no nos ha dejado espacio para pensar más en las demás personas con las que caminamos. Ya casi no sabemos decir gracias, acostumbrados a como nos tienen a pensar que todo tiene un precio. Así al dejarnos llevar por el Dios que nos va mostrando la jornada, con sus ojos, vamos descubriendo que la mayoría de las veces solo veíamos las personas y las cosas por sus apariencias, como cuando vimos por primera vez el Altiplano y nos dio la impresión de soledad y aridez. Por eso es por lo que nos invita a volver a ver todos los momentos «desde Dios» y así recuperarlos en su valor:

- Las personas que han estado junto a nosotros y que no las hemos tenido en cuenta, normalmente las más sencillas (como los pastores de los ganados junto al camino, y que nos saludan), pues son las que pasan junto a nosotros sin hacerse notar. Y es en ellas que Dios había estado más presente. Y es a través de ellas que la vida se nos ha ofrecido en su autenticidad. Son ellas las que nos han llamado por nuestro nombre y nos han invitado a compartir sus alegrías y sufrimientos. Si hemos compartido con ellas, descubrimos que son las que han sacado de nuestro corazón lo mejor de nosotros.
- El día tan lleno de nuestro trabajo que muchas veces se nos presenta rutinario, con las mismas personas de siempre y los mil rostros anónimos que se nos han acercado. Tan llenos de reuniones que nos parece que no nos dejan «estar» con la gente. Tan llenos de viajes. Y es en esta nueva contemplación del día, junto a Dios, que se nos presenta de forma diferente el encontrar que Él siempre ha estado junto a nosotros, llevando la iniciativa y obteniendo resultados inexplicables para nosotros y, por tanto, solo atribuibles a Él.
- Nuestra propia persona a veces de tan mal humor y agresiva con los cercanos, pensando solo en nosotros mismos y en nuestros problemas, sin tiempo para contemplar o escuchar. Y así descubrimos una nueva forma de vivir la vida, con un extraño sentido del humor y con una cercanía compartida.
- Nuestros proyectos y nuestros soñados caminos que al recorrerlos se nos presentan tan diversos a lo que esperábamos, pues sentimos que no se nos comprende o que perdemos el tiempo. Solo desde Dios podemos ver que ciertas semillas plantadas con amor y disponibilidad siguen creciendo, aunque aún nos parezcan pequeñas e insignificantes.
- Los acontecimientos del lugar en donde vivimos o de nuestro país, que siguen siendo signos del sufrimiento continuado del pueblo y que, quizás por tener otras ocupaciones personales, no los hemos apreciado como antisignos de la Vida: los despidos de obreros, las huelgas de hambre, los paros y las huelgas, las sequías y las heladas que destruyen

las cosechas, los cada vez más numerosos vendedores de las calles.

- Los acontecimientos de nuestro mundo, que parece que solo sabe generar sufrimiento absurdo a través de situaciones permanentes de marginación, de migraciones, de nuevas situaciones de muerte con guerras absurdas, con los cada vez más numerosos países que ya no cuentan para nada para los poderosos de este mundo.

Es una contemplación desde Dios que nos hace sentir la necesidad de abrir nuestro corazón en aquellas zonas en que le hemos rechazado o no le hemos dejado llevar la iniciativa. Este «vídeo» que Dios nos presenta nos muestra que nada hay más penoso que encerrarse en sí mismo.

Es la petición de perdón que expresamos delante del Padre Bueno que sabe «lanzar al olvido total» nuestros pecados y nos permite volver a empezar de nuevo nuestra vida junto a Él. Petición de perdón que nos nace del saber que siempre seremos perdonados y acogidos por Dios, de la misma manera que la gente nos perdona y acoge en sus casas. El perdón así vivido nos empuja a reconciliarnos con la vida vivida y con los hechos que la han marcado, pues siempre hay cosas o sucesos que nos han afectado, desconcertado, decepcionado y hasta desanimado. El perdón nos permite reconocer el origen ambiguo de nuestro actuar y que, por tanto, muchas veces, cuando pretendemos el bien, lo que hacemos es el mal, y esto de forma insuperable. Así nos vamos aceptando tal como somos. E iniciamos el camino de admirarnos y sorprendernos de cómo Dios sigue ha-

ciendo «cosas grandes en nosotros», a pesar de ser «instrumentos tan torpes».

Se trata de convencernos de que estamos llamados a vivir la vida amando y de que siempre que algo se rompe entre nosotros, en la comunidad, en la familia, en el trabajo, debe ser arreglado a la mayor brevedad posible. El momento del perdón no es el momento de «esclarecer» de quién ha sido la culpa, sino de restablecer el amor disminuido, alterado o roto. El perdón nos surge del convencimiento de que solo las cosas que hacemos con amor valen la pena.

Esta contemplación de nuestra vida con los ojos de Dios, nos permite vislumbrar lo que Dios es capaz de hacer en nuestra vida, a pesar de nuestras infidelidades y de nuestra gran capacidad para hacer que la Vida no se manifieste a las personas. Es el mismo misterio del Altiplano en el que, a pesar del clima tan adverso, sigue produciendo cosechas y sigue mostrándonos la solidaridad y la acogida.

De pronto se nos invita a cambiar, a estar abiertos a los planes de la Misericordia de Dios sobre los hombres. A la sorpresa de Dios que nos desconcierta al manifestarnos un día y otro que solo le encontraremos allí en donde el pobre tiene su morada. La nueva jornada, la vida por delante, es una gran invitación a prepararnos para ir directamente al encuentro con Dios y saludarlo, en aquellas personas más olvidadas, marginadas, despreciadas, menos reconocidas, menos tomadas en cuenta, menos valoradas; en los niños, en los pequeños, en los ancianos, en los alumnos menos aventajados, en los atrapados por el alcohol, en aquellas situaciones que parece que se pierde el tiempo, pues no aparece la eficacia

ni el rendimiento del mundo y lo único que se pretende es mostrar la cercanía del Amor de Dios, «amando porque sí», por encima de la respuesta; en aquellos lugares de los márgenes, la periferia, el desierto y la frontera, donde nadie quiere ir ni nadie va.

En esta contemplación, a través de dedicarle un tiempito cada día para mirar nuestra vida como el propio Dios la mira, vamos descubriendo cuál es la forma que tiene el Señor de ir dialogando con nosotros en el silencio de las pampas y en el silencio del corazón de nuestros hermanos; vamos aprendiendo a buscar a Dios allí donde está; vamos comprendiendo que Él es Mayor que nosotros pero que se identifica con los «menores» de este mundo; vamos aprendiendo a vivir la vida tal como viene, atentos a la voz del hermano por si requiere de nosotros, pues es en la misma vida donde nos llega la voluntad de Dios; vamos conviviendo con más humor el paso del tiempo y el peso del trabajo; vamos compartiendo apaciblemente con los otros aquello que el Señor ha depositado dentro de nosotros y que no es lo que nosotros hemos elegido; vamos aprendiendo a ser cauces de

amor y de misericordia, instrumentos menos torpes y más confiados en las manos del Señor que nos lleva; vamos siendo más asiduos en preguntarle: «¿Señor, a dónde me quieres llevar?», «¿qué vas a hacer de mi vida?».

Así se va creando en nosotros una actitud ante la vida que se nota en la forma de sorprendernos de cómo Dios hace las cosas, en la forma de compartir la vida sin cansarnos de ser buenos, en tratar a los demás con respeto reafirmandoles en lo mejor de ellos mismos, en ser agradecido y atento con todos, en saber escuchar y contemplar a Dios y a los hermanos, en vivir la vida en continua acción de gracias; en fin, en la forma de vivir con la alegría instalada en nuestro corazón, contagiando esperanzas en los demás, pues estamos marcados por la huella que la Misericordia de Dios ha dejado en nuestros corazones.

Acabo ya. Sigán buscando su altiplano, ese lugar propicio en el que el Dios fiel está esperándoles para prestarles sus ojos y cambiar su corazón. Salgan a su encuentro cada día y sientan que sus vidas están centradas en Él.

Hasta otra. Un abrazo.

SOBRE LA MISERICORDIA

En esta breve pero jugosa carta, PPH nos presenta, a través del recorrido evangélico de la figura de Pedro, la misericordia del Señor que, una vez acogida, es el punto de partida real (“punto cero”) que hace posible el verdadero seguimiento de Jesús. Su intuición es que, hasta que no nos sentimos necesitados de esta misericordia, y no nos abrimos a ella, nuestro seguimiento es aún muy ideológico, o prepotente, o fantasioso pero, de hecho, poco real y realista.

El punto cero (febrero, 1989)

Sinti munat jilatanaka kullakanaka
(Muy Queridos hermanos y hermanas):

Brevemente quisiera guiaros en el recorrido de la vida de Pedro como ejemplo de lo que suele ser nuestro camino de seguidores de Jesús. Pedro es un hombre de pueblo, bueno y sencillo. A partir de la pesca milagrosa (Lc 5,1-11), después de escuchar el discurso de Jesús, vemos cómo sale a pescar: confiado en la palabra de Jesús, echa las redes. La pesca es extraordinaria. Se da cuenta de que tiene delante de él a alguien más sabio que un pre-

dicador. Percibe que Jesús tiene una extraordinaria forma de amar: no solo ama, sino que también respeta; ama y comunica vida. Pedro se arrodilla ante Jesús y le pide que se aparte de él, pues es un pecador, pero se entrega a la llamada de Jesús.

Pedro es bueno, pero solo a lo largo de los años de seguimiento de Jesús se irá viendo que su bondad está emparentada con la malicia de los hombres. Con su ingenuidad buena, sigue muy de cerca a Jesús. ¡Se está tan bien con Jesús! Viendo las obras y las palabras de Jesús, está cada vez más convencido de que el mundo se arreglará por el dominio de los buenos. Por eso piensa, como Santiago y Andrés, en sentarse

a la derecha de Dios para juzgar al mundo. ¡Es tan obvio que el mundo debería ser llevado y organizado por los buenos! Junto a Jesús, se siente pecador, pero se identifica con Él y no comprende por qué los demás hombres no le siguen. El espíritu de los fariseos (=separados) va penetrando en él y le separa algo de los demás hombres.

Más tarde empieza a presentir el fracaso de Jesús. Con todo, su bondad y su generosidad se suscitan al máximo: «¡Por ti estoy dispuesto a ir a la cárcel y aún a la muerte!». Pero esa bondad y esa generosidad acaban por manifestarse en debilidad que se concreta en las «negaciones»: ¡El hombre bueno traiciona y huye! Después, viene el llanto amargo, pues Pedro se da cuenta de que ha renegado de Jesús a quien quería de verdad. Ha sido capaz de hacer lo que nunca hubiera pensado que podría llegar a hacer. Ha renegado de aquello que daba sentido a su vida, de aquello sin lo cual pensaba que ya no podría vivir. Pedro se encuentra como sin fondo, sin fundamento.

Pedro se da cuenta de que es como todos. Las barreras morales, que son las barreras más radicales que separan a los hombres entre sí, han quedado derrumbadas. Es este el punto cero en el que todos los hombres estamos igualados. Pedro ya nunca más podrá juzgar a los demás, pues nadie podrá llegar tan bajo como él, traicionando a Jesús a quien tanto quería. Recién comprende ahora la llamada de Jesús. Se da cuenta de que Jesús no lo ha llamado por lo que es o por lo que hace, sino porque sí, gratuitamente. Y surge la nueva llamada: «Pedro, ¿me amas? Apacienta mis ovejas». Dios le justifica gratuitamente, por eso Pedro responde desde lo

más profundo de su corazón. Se siente enteramente común a todos los hombres. Pedro será el hombre fraterno que ya no se distancia de nadie y por eso «confirma» a sus hermanos, pero ya no desde sí mismo, sino desde el Espíritu que está en lo más profundo de todos los hombres. Pedro tiene ojos nuevos para ver por encima del pecado que envuelve a todos y descubrir la bondad del corazón humano que viene de Dios

Para rezar con el itinerario de Pedro, os pueden ayudar estos textos: Lc 5,1-11 y Jn 1,35-51 (los primeros discípulos); Mt 14,24-33 (Jesús camina sobre las aguas); Mt 16,13-28 (declaración de Pedro sobre la identidad de Jesús); Mt 26,31-35 y Jn 13,36-38 (Jesús predice las negaciones de Pedro); Lc 22,56-62 (las negaciones); Jn 21,15-18 (la nueva llamada). Y, junto a Pedro, no os olvidéis de pedir «crecido e intenso dolor y lágrimas de mis pecados» [Ej 55].

También en la propia vida de seguimiento de Jesús hay un punto cero. Quizás han sido muchas las veces en las que nos hemos creído que éramos buenos por nuestras propias fuerzas y de que nuestras obras nos mostraban que, aunque a veces hacemos cosas malas, en el fondo son pequeñeces que no nos impiden ser buenos, e incluso mejores que los demás.

Frente a los rostros concretos de Jesús, que se nos van manifestando en medio de los pobres, algunas veces nos habremos sentido partícipes de la «muerte de alguien» (pues hay muchas maneras de matar en la vida y de dejar a personas queridas con un sufrimiento grande); otras veces, en medio de la lucha competitiva de esta sociedad, no habremos dudado de seguir adelante

en nuestro empeño al precio que fuera, o bien la opción por ser «cauce de vida» se habrá visto truncada por un pensamiento, una palabra, una obra o un pasar de largo. Estábamos convencidos de que queríamos de verdad a la gente, pero en un momento determinado no fue así.

Hay miradas de los pobres que, como la de Jesús a Pedro (Lc 22,61), nos lo dicen todo. Nos hacen comprender qué es lo que vale la pena en la vida, o nos preguntan si les amamos más que a estos (siendo «estos» nuestros hermanos, amigos, compañeros de trabajo, conocidos, vecinos, enemigos, mentirosos que asesinan la vida...). En estas miradas, que son momentos fuertes en los que el Señor nos manifiesta más claramente su llamada, experimentamos que nuestra entrega ya no está basada en nuestras posibilidades, capacidades o fuerzas, sino en la Palabra de Jesús que nos ha llamado. Entonces, sin perder el entusiasmo ni la entrega experimentados en la llamada primera, el seguimiento se prosigue con mayor lucidez y profundidad. Ya no tenemos ganas de juzgar a los

otros o de hacer comparaciones, pues, por muy malos que «ellos» puedan ser o aparecer, no habrán llegado tan bajo como yo. Esta conversión ya no consiste tanto en multiplicar actos de ayuda a los demás, sino más bien en dejarnos conducir por el Señor en la fe, en la cruz y en la esperanza.

Para vuestra meditación, os propongo el siguiente ejercicio: buscar vuestro «punto cero», ese momento en el que hicisteis o dejasteis de hacer lo que nunca habiéramos pensado que podríamos hacer con las personas que más queríamos. Y ahí, como Pedro, recuerda que «hemos sido perdonados» y que hemos sido de nuevo llamados a ser cauce del Amor en medio de los más débiles y pequeños que nos siguen llamando a compartir su suerte. Fijaos en que es en esta llamada –por nuestro nombre y con gran sencillez– donde empezamos a comprender qué significa ser perdonado y qué significa ser cristiano, pues descubrimos que, siendo pecadores, el pueblo nos llama «hermanos» y nos invita a trabajar por el Reino de Dios.

Hasta otra. Un abrazo.

SOBRE EL LLAMAMIENTO DEL REY

A modo de pórtico de entrada en la segunda semana de los Ejercicios, Ignacio propone realizar la meditación del Rey eternal, el Señor Jesús que nos llama a estar con Él y a seguirle en su anuncio de la Buena Noticia [Ej 91-100]. PPH acompaña esta meditación con la siguiente carta, fruto de su experiencia personal en el Altiplano y que recuerda el proyecto de Jesús y su invitación a ir con Él anunciando la cercanía de Dios en medio del pueblo sufriente como Buena Noticia.

La nueva evangelización (enero, 1990)

Sinti munat jilatanaka kullakanaka
(Muy queridos hermanos y hermanas):

Este año, en la asamblea anual de religiosas y religiosos celebrada en Cochabamba, el tema ha sido «Evangelización y Espiritualidad»... Estas charlas y la vivencia en el Altiplano serán el marco en el que quisiera comunicarme con ustedes.

Hace unos años, en 1983, el campo del Altiplano sufrió una gran sequía. Se perdieron las cosechas y el 60% del ganado murió. Recuerdo el día en que con los dirigentes de la zona, con los

que nos habíamos estado movilizando para paliar la catástrofe, vimos llegar los dos primeros camiones con 300 kilos de papa cada uno. Fue algo muy significativo. Para mí, venía a ser la primera comprensión de lo que pudiera ser una Buena Noticia para todo un pueblo. Era la primera traducción de lo que siempre había deseado testimoniar a la gente en la evangelización. Aquel día no encontramos otro lugar donde guardar aquella papa que en el templo colonial del pueblo de Jesús de Machaca. Se me ocurrió pensar que aquel templo, por una vez, había resultado ser un lugar en el que los campesinos experimentaran que era de ellos. Difícilmente se nos olvidará aquel templo

lleno de semillas de papa, cebada y alimentos. Nuestras actuales celebraciones están como rodeadas de la Buena Nueva que vivimos durante aquel año. Creo que experiencias concretas para *todo* un pueblo concreto deben estar muy presentes en nuestra forma de llevar a término la nueva evangelización. No podemos dar por supuesto lo que es una buena noticia en la vida del pueblo si queremos que la evangelización adquiera credibilidad. De lo contrario, caeremos en ese peligro tan real de estar evangelizando de una manera que no dice nada a nadie.

La nueva evangelización requiere de nuevos profetas que anuncien a nuestro pueblo que «vendrá un día en que los monstruos de las multinacionales que expolían sus tierras serán lanzados al mar y el pueblo bailará hasta cansarse; que vendrá un día en que habrá tierra para todos; no habrá que emigrar a tierra extraña dejando a la familia y viviendo en la «ilegalidad» de las leyes injustas de los poderosos; que vendrá un día en que los países del sur exportarán humanidad, fiesta y naturaleza a los países del norte llenos de artificio, tristeza y programación, y sus materias primas serán apreciadas en su verdadero valor y el progreso no será el fruto de que unos pocos vivan en abundancia mientras las mayorías carecen de lo indispensable; que vendrá un día en que la voz de los pueblos originarios de nuestros continentes resonará y se expresará en mil cantos de libertad, justicia, paz y amor; no se tendrá vergüenza de proclamar «el indio» que anida en el corazón de todo el pueblo y una nueva forma de vivir en armonía con el universo, con la sociedad y con el Espíritu de Dios presente en las culturas; se

dará paso a una nueva humanidad llena de vida abundante para el pueblo.

La nueva evangelización requiere que vayamos por el campo, por los márgenes de las ciudades y por las fronteras de la vida a anunciar que los niños nacerán para vivir bien alimentados, que en el trabajo de todos habrá para todos, que las fiestas serán como «antes» y toda la familia estará reunida festejando, que los niños podrán tener clases sentados y en aulas decentes, que, en las casas, toda la familia se podrá sentar en torno a la mesa para comer, que los indígenas y campesinos que vengan a las ciudades serán tratados dignamente en las oficinas, tiendas, instituciones e iglesias, que no habrán lenguas oficiales que discriminen a la gente, sino que cada uno se expresará en su propia lengua, etc.

Solo habiendo comprendido y vivido estas buenas nuevas de cada día podremos anunciar la buena nueva de Jesús y ser nosotros mismos buenas nuevas para el pueblo.

El anuncio que nos hizo Jesús en persona de que Dios se ha comprometido con nosotros y está obrando en nosotros es el anuncio que todo cristiano debe hacer en persona y a través de su vida. Esta es la evangelización. El anuncio de Jesús es definitivo. Dios no se ha arrepentido. Dios obra en todos los hombres, pero con predilección en aquellos a los que se les arrebató la vida, los crucificados de la tierra.

Este es el Juicio de Dios sobre la humanidad: inundar misericordiosamente con su Vida el corazón de todos los hombres. Por eso, allí en donde hay menos vida, porque los hombres la hemos arrebatado y despreciado, Dios se ha volcado más. Es el lugar de Dios al

que somos llamados, el lugar para hacer de nuestra vida una Buena Noticia. Es Buena Noticia saber lo que nos está ocurriendo y lo que nos va a ocurrir si nos dejamos llevar por Dios. La evangelización es revelación de lo que Dios hace en nosotros y que, en la medida en que lo vamos «desvelando», «transparentando» a nuestros ojos y ante los ojos de los demás, se hace realidad. Esta es la propuesta de Dios misteriosamente escondida en nuestras vidas y que, cuando se acepta, nos transforma en «testimonios».

La espiritualidad es este camino de seguimiento a Jesús por el que nos convertimos en buenas nuevas para los demás, pues mostramos con nuestras vidas que Dios está cerca, junto al pueblo. La espiritualidad en la nueva evangelización es esa forma nueva de presencia del cristiano en el mundo, en aquellos lugares en los que el pecado del mundo ha arrebatado la vida a los hombres. La espiritualidad es el seguimiento de Jesús que desde Belén hasta el Calvario no tuvo vergüenza de hacerse «uno de tantos». La espiritualidad en la nueva evangelización es ese cambio del corazón que se produce en los hombres cuando han sentido la «cercanía de Dios» y que les da «ojos y oídos nuevos» para ver e imaginarse un mundo según el Reino de Dios. ¿Nos podemos imaginar la reacción de «los sabios y poderosos de este mundo» si vieran una iglesia de Jesús en la que los pobres y los marginados de la tierra fueran sus principales «testigos» y los que tienen autoridad? ¿Nos podemos imaginar que hubiera numerosos «pastores o ministros» de la Iglesia viviendo y sirviendo en los rincones de la selva o del Altiplano, o en los barrios y favelas de las

grandes ciudades, o en los campos de refugiados y exiliados? ¿Nos podemos imaginar a profesionales, obreros, artesanos, artistas, salidos del pueblo, poniendo su trabajo al servicio y defensa de su pueblo y su cultura? ¿Nos podemos imaginar a las religiosas y religiosos viviendo en las casas más pobres, curando a los incurables, trabajando en las canteras, minas, altos hornos o zafra, sirviendo de camareros, empleados de casa, mozos de carga, lavaderos, o acompañando a los que viven de la noche, o educando a quienes nadie quiere educar?... ¿Nos podemos imaginar una sociedad en la que se defienda «al huérfano, a la viuda y al extranjero», en la que la «delicadeza» y la «esplendidez» sean inspiradoras de leyes?

Esta fue y es la propuesta, la buena nueva que Jesús en persona nos vino a anunciar de parte de Dios. No era una propuesta de solo palabras, sino una propuesta que se realizaba a medida que la gente aceptaba a Jesús, hablaba con Jesús, creía en Jesús; en fin, seguía a Jesús. Esta propuesta es muy de Dios, por eso es tan buena nueva, por eso es gracia, don, regalo a los hombres, primero a través de Jesús y después a través de los que le siguen. Todo esto parece imposible, «como las cosas de Dios», pero llena el corazón de esperanza, de nueva luz y nuevo vigor. ¿No es así?

Por hoy acabo. Recorran su pequeña o gran historia y traten de ver cuándo han transparentado la realidad de la cercanía de Dios en el corazón de los hombres, cuándo han sido buena nueva para sus hermanos y hermanas. Será una linda forma de convertir su vida en un acto de adoración.

Espero que algún día nos lo compartan. Hasta pronto.

SOBRE LAS DOS BANDERAS Y LOS MODOS DE HUMILDAD

En el núcleo de la segunda semana del proceso de los Ejercicios, Ignacio propone esa meditación de cuño propio de las dos banderas [Ej 136-148]. Son dos maneras de seguir al Señor Jesús. Una de ellas acaba pervirtiendo ese seguimiento por dejarse deslumbrar por la riqueza, el poder y el orgullo. PPH acompaña esta meditación con la presente carta donde nos va a recordar el modo de Jesús, su bandera, su estilo pobre y humilde. Después del ejercicio de las banderas, Ignacio presenta el de los Binarios [Ej 149-157] y la consideración a meditar de las tres maneras de humildad [Ej 164-168]. Esto último PPH también lo acompaña con una carta en la que pone de relieve la radicalidad efectiva y afectiva a la que somos llamados en seguimiento del Señor Jesús.

Dos banderas. La nueva evangelización: segunda parte (marzo, 1990)

Sinti munat jilatanaka kullakanaka
(Muy queridos hermanos y hermanas):

En la última carta, la reflexión sobre el poder en nuestras vidas, en nuestra sociedad y en nuestra comunidad de Iglesia, como elemento que se introduce estructuralmente en nuestras relaciones con los demás, nos mostraba

esa extraña pendiente en la que es tan fácil dejarse llevar y que acaba en frutos de muerte.

El camino de Jesús nos muestra una perspectiva totalmente diferente. Se nos presenta como Buena Noticia que nos permite hacer frente a la realidad del poder que engendra muerte por todas partes; es la perspectiva del Reino del Dios de la Vida. Jesús aparecía como el hombre que tenía autoridad, que era digno de crédito por sus palabras y acciones. Estar con Jesús des-

pertaba en la gente el deseo de volver a *creer* en el hombre, en la vida. Jesús tenía una forma de amar en la que uno se sentía respetado y aceptado tal como era.

En Jesús la cercanía era absoluta. Había estado durante treinta años aprendiendo a ser hombre, a ser cercano. Para ello vivió en un pueblecito de la lejana Galilea. No eligió las grandes ciudades ni a los grandes sabios que enseñaban en los santuarios del saber, sino que buscó a sus maestros en medio del pueblo sencillo, de ese pueblo que en el fondo lo único que tiene es a Dios. María fue su primera y gran maestra. En ella no había nada que atentase contra la vida; vivía tan enamorada de la vida que todos sus gestos, palabras y obras estaban marcados por la delicadeza. En esa mujer de pueblo se podía ver realizado aquello de que «sean misericordiosos como su Padre es misericordioso».

Alguien pensará que es difícil imaginarse una mujer así, pero, si hacen la prueba de venir a vivir durante unos años en medio del pueblo, descubrirán lo que es el aprecio por la vida precisamente en un medio en el que lo que más abunda es la muerte. ¡Descubrirán la auténtica vida!

Recuerdo que hace unos años, paseando por una estancia de Santiago de Machaqa, nos detuvimos a saludar a unas mujeres que estaban tejiendo una frazada en el suelo. Cuando ya nos estábamos retirando, una de las mujeres entró en su casa y poco después se acercó con una botella de refresco y nos dijo: «¿Acaso les podía dejar ir con la garganta seca?». En una estancia de casas dispersas, con no más de quince familias y sin tiendas, que se

nos ofreciera la única botella de refresco... ¡era difícil imaginárselo! Ya no solo es recuerdo, sino visión constante, la figura de una madre con su *wawa* de pecho en cualquier reunión o celebración. Su *wawa* lo es todo: ¡la delicadeza se manifiesta con toda su imaginación! El anecdotario podría ser muy largo, y creo que nos conviene ponerlo en común, pues así podremos llegar a comprender qué tipo de escuela tuvo Jesús. Compartiendo los rasgos de humanidad que con el pueblo hemos vivido, el conocimiento de Jesús se nos hará más profundo.

Jesús no era importante con esa importancia que acompaña al poder y que exige lejanía del pueblo; cualquiera se le podía acercar, si es que Él no se les había acercado antes al ver que necesitaban de una Buena Nueva: niños, ancianos, publicanos, «malas» mujeres, pecadores, soldados, fariseos, sacerdotes y letrados, endemoniados, enfermos, leprosos..., en los caminos y en la orilla del lago, en las casas, en la sinagoga, durante el día o por la noche, en las fiestas o en los entierros... ¡Pareciera que Jesús no tuviera otra cosa que hacer que estar con la gente!

Su autoridad venía de su capacidad de dar vida, de hacer transparente la realidad de Dios en el corazón de todos los hombres. Esa era la gran Buena Noticia que la presencia de Jesús suscitaba en el corazón de todos los hombres. No era alguien a quien solo se va «a escuchar lo que dice» o «a ver lo que hace», mucho menos alguien de quien «recibir órdenes». Jesús era alguien con quien se dialogaba. Su palabra suscitaba las mejores palabras de sus seguidores, aquellas que salen de lo profundo del corazón y que nos

cuestan tanto, aquellas que se traducen en vida para los demás, aquellas que al pronunciarlas nos convierten, pues hacen surgir el hombre nuevo que hay en nosotros.

Jesús no era alguien rodeado de súbditos y servidores que ejecutaran sus órdenes. Él se relacionaba con los demás con tal respeto que su vida se manifestaba como una propuesta de vida. Esa propuesta estalló en esplendor de novedad el día que, en una montaña, se la presentó al pueblo. Esas palabras les recordaban (y nos recuerdan) el día que habían compartido de lo que les era necesario y no de lo que les sobraba, el día que habían llorado por aquella ley injusta que, con los impuestos, quitaba los ahorros del pueblo, el día que habían agradecido a los amigos y vecinos por lo que habían hecho y compartido en el momento de dolor, el día que alojaron en su casa a aquel que nadie aceptaba, el día que fueron a la manifestación a reclamar por el puesto de salud en el barrio, el día que fueron detenidos por no permitir que un guardia pegara a una mujer, el día que fueron espléndidos con todos, el día que perdonaron de verdad... El pueblo, a medida que iba escuchando a Jesús, en lo profundo de su corazón iba diciendo: «¡Es verdad!».

Jesús, cuando nos habló de Dios, nos contó la historia de aquel padre misericordioso al que se le conmovieron las entrañas al ver el sufrimiento de su hijo y que no podía disimular su gozo y alegría por la vida que volvía a darse en él. ¡Qué lejos estaba esa imagen tenebrosa del Dios con dos brazos: el brazo de la Bondad y el brazo de la Justicia! Jesús nos dijo que Dios solo tenía un brazo: el brazo de la miseri-

cordia; que la Justicia de Dios no era como la nuestra que juzga, sino que es la que nos hace justos.

Jesús nos mostró lo débil que es Dios ante nosotros, ¡pues nos necesita! Y nos lo mostró a través de su vida, en todos los encuentros que tuvo y en el amor que tenía por su pueblo. Jesús vino a ofrecer no una propuesta cualquiera, sino aquella que «tocaba en lo más profundo de sus vidas»: la salvación.

Otro día seguiremos compartiendo y orando. Un abrazo.

Tres maneras de humildad. El seguimiento radical de Jesús

Sinti munat jilatanaka kullakanaka
(Muy queridos hermanos y hermanas):

El convivir con los pobres poco a poco se va convirtiendo en ese precioso tesoro del que nos habla el Evangelio, del que «se pueden sacar siempre cosas nuevas y viejas». El descubrimiento de «los rostros concretos de Jesús» en ellos es la gran Buena Noticia que nos permite descubrir lo más profundo de nuestra vida. Es como si nuestra identidad de cristianos se nos fuera volviendo más transparente. La presencia continuada del pobre y del marginado en nuestras vidas adquiere un relieve especial cuando el pobre, además, está enfermo. La enfermedad en el pueblo no suele ser como en nuestras vidas, algo pasajero y coyuntural, sino que suele ir acompañada de tal dosis de sufrimiento físico y moral que en muchos casos supera todo lo imaginado.

El cristiano frente al problema del sufrimiento de los pobres siempre ha tenido como punto central de referen-

cia al Crucificado. No encuentra muchas palabras que decir. El silencio se le impone. Solo sabe que ha iniciado un camino al que se le ha invitado a seguir. Frente al marginado, pobre y enfermo, el seguimiento de Jesús adquiere la claridad de que es un seguimiento que acaba en la Cruz. Queda como transparentado lo que en algún momento se hubiera podido olvidar: «No hay mayor amor que dar la vida por el amigo». Nuestro futuro es ser Jesús crucificado, es ser los crucificados de la tierra. Ya no se trata solo de ver en cada uno de los pobres al mismo Jesús, sino de ver en ellos nuestro propio futuro como el don más precioso y deseado que Dios nos tiene destinado.

Una afirmación como esta revuelve lo más íntimo de nuestras entrañas, pues se nos presenta como algo tremendamente contradictorio con nuestros deseos de vivir, con el germen de vida que Dios ha puesto en nuestro corazón y con la Buena Nueva de Vida expresada a lo largo de todo el Evangelio. ¡Cuántas veces no hemos dado gracias a Dios por todo lo que hemos recibido!

Pero nuestro futuro son ellos para Cristo. Cuesta aceptar que en ellos, los crucificados, está nuestro ideal de vida; cuesta aceptar que en ellos está lo que más deseábamos ser y tener. Y, sin embargo, el seguimiento de Jesús no nos lo esconde. El Crucificado atrae irresistiblemente, pero se nos presenta como tarea imposible el vivir junto a Él de forma continuada. De igual forma,

los crucificados nos atraen, pero se nos presenta imposible vivir junto a ellos.

En estos días de encuentro con religiosos y religiosas que trabajan en el campo de la salud, había como una necesidad de manifestar más claramente nuestra identidad de cristianos al servicio de este pueblo «pobre y enfermo». Y en algunas religiosas captaba aun sin palabras la clave de nuestra identidad: estar allí donde nadie quiere estar y hacer de una manera exquisita lo que nadie quiere hacer. Así de sencillo es su testimonio cristiano. ¿Por qué? Creo que sencillamente porque viven aquello de «dar gratis lo que gratis se ha recibido», y esto solo se puede hacer con los pobres y enfermos del pueblo que no tienen con qué devolver.

Pero ya no es solo hacer lo que nadie quiere hacer y estar donde nadie quiere estar, sino que se nos ofrece convertirnos en aquellos a los que nadie quiere acercarse, a los crucificados. Nuestro futuro son ellos para Cristo. Nos cuesta aceptar que, si ahora no estamos como ellos, enfermos, gastados, envejecidos, oprimidos y empobrecidos, es debido a nuestra falta de fidelidad y generosidad al Dios de la Vida presente en el Crucificado. O, dicho de otra forma, es debido a que hemos enterrado nuestros talentos recibidos y no acabamos de aceptar que el seguimiento pasa por donde pasó el Crucificado, por donde pasan los crucificados.

Acabo ya deseándoles que ellos les llenen de esa luz de la esperanza en el Dios de la Vida. Un abrazo.

SOBRE LA PASIÓN

Entrados en la tercera semana del proceso, donde somos invitados a acompañar al Señor Jesús en su pasión, una de las primeras contemplaciones que nos propone Ignacio es la oración de Jesús en el huerto [Ej 200-206]. En esta carta, PPH recrea esta contemplación y la contextualiza en el presente: una subida al Cerro Rico de Potosí para entrar en contacto vivo con la histórica agonía dolorosa de tantos mineros esclavizados y explotados.

En los 500 años de la conquista y colonización (marzo, 1993)

Sinti munat jilatanaka kullakanaka
(Muy queridos hermanos y hermanas):

Pretendo pasar un rato con ustedes para recordar lo que fue la reunión anual de CRIMPO 92 en Potosí... Creímos que el Cerro Rico de Potosí era el lugar más adecuado para nuestro encuentro, pues es el símbolo más significativo de lo ocurrido a lo largo de estos 500 años de conquista que conmemoramos. Pensamos también que el acto central del encuentro debería ser la petición de perdón en la cima del

Cerro Rico. Si la conmemoración de los 500 años podía tener algún sentido para CRIMPO, solo era posible si en la base estaba esta petición de perdón de la vida religiosa por haberse desarrollado a espaldas de los pobres y de los pueblos culturalmente marginados.

El encuentro estuvo centrado en torno a los mineros. Pedro, sacerdote que ha trabajado como peón en la mina, nos fue introduciendo en el misterio de la mina y nos fue desvelando el misterio de Potosí... Con una profunda convicción, nos hizo ver que estábamos frente a una situación única en la Historia de la Humanidad, en el único lugar del mundo en el que, de una forma continuada y sin ruptura du-

rante 500 años hasta hoy, se ha estado ofreciendo la vida de los hombres a cambio del mineral, a cambio del «producto del mercado»; solo han variado las modalidades de esta explotación. Historia estremecedora.

Con este testimonio de Pedro nos preparamos para lo central del encuentro: la subida al Cerro Rico. Nuestro corazón había sido golpeado fuertemente. Ahora se trataba de subir a pedir perdón, de subir para sentir el perdón. Fue una subida dura, no solo por el sol y la altura, sino porque pocas veces en mi vida he sentido que pisaba sobre «sagrado». Sentía que se nos había lanzado a una experiencia irrepetible: éramos testigos de lo que hoy en día es más cercano a lo que hace dos mil años había ocurrido en el Calvario con el Crucificado. Nos encontrábamos como «testigos» en un cerro en el que varios millones de «hombres del pueblo» habían sido y seguían siendo crucificados. Pensaba qué hubiera sido de mi vida si hubiera sido testigo de lo ocurrido en el Calvario y si hubiera estado junto al Crucificado. Y ahora me encontraba presente siendo testigo de lo mismo. Me costaba creer que el Cerro Rico se me pudiera convertir en un lugar de revelación de la Buena Nueva de Jesús para mí, para Bolivia, para el Continente. Creo que me costaba porque se me hacía demasiado duro creer que mi vida, que mi pecado, tuviera tanto que ver con lo que en el Cerro Rico seguía causando tanta muerte y tantos nuevos crucificados. «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia».

A medida que fuimos subiendo, creo que poco a poco solo sabíamos ir pidiendo que no quedara en el olvido

lo que estábamos viviendo, que el acto en el Cerro Rico se nos convirtiera en el símbolo de lo que es nuestro pecado y de lo que somos capaces de hacer o de dejar hacer cuando no nos dejamos llevar por el Espíritu de Jesús y nos dejamos contagiar por el espíritu del mundo; que de verdad fuéramos testigos del Calvario de nuestro pueblo, que no nos dejáramos seducir por la gran pendiente de mentira que rodea nuestra vida, que necesita encubrirlo todo y que intenta mostrarnos «que no era para tanto», «que no es bueno exagerar», «que en el fondo es ley de la historia», «que por desgracia no hay otros caminos». Sabíamos ir pidiendo a no acostumbrarnos a los discursos prometedores de «tiempos mejores» provenientes de políticos semidueños del Cerro o que han dictado sentencias de muerte contra el pueblo; que no nos dejáramos arrastrar por los discursos de los nuevos Herodes y Pilatos corruptos, que siempre saben unirse frente al pobre y que siguen convencidos de que «conviene que uno muera por el pueblo».

Llegamos a la cima. Nos sentamos en el suelo formando una cruz humana, pedimos perdón y Pedro, en nombre de los mineros, nos alcanzó el perdón. Por la noche tuvimos nuestra Pascua. Un numeroso grupo de niños y niñas, hijos de mineros, vinieron a pasar la fiesta con nosotros. Bailaron para nosotros y nos invitaron a bailar. Y nos dejamos llevar por ellos. ¡Fue muy lindo dejarse arrastrar a la fiesta y al baile por aquellos niños de ojos vivarachos, que nos hablaban de una vida desbordante!

Bien, acabo por hoy. Disculpen este improvisado resumen. Un abrazo.

SOBRE LA RESURRECCIÓN

En la cuarta y última semana del proceso de los Ejercicios, Ignacio nos invita a adentrarnos contemplativamente en el misterio de la Resurrección del Señor Jesús [Ej 218-229]. En su propuesta de puntos para los Ejercicios, en este momento PPH invita a hacer camino con los discípulos de Emaús. Y lo acompaña con este texto, donde, de una manera muy viva y experiencial, refleja el sentido valor de la fiesta y la celebración en la vida de las masas populares y empobrecidas.

Los discípulos de Emaús (agosto, 1987)

Sinti munat jilatanaka kullakanaka
(Muy queridos hermanos y hermanas):

Estos primeros días de agosto me he sentido empapado de humanidad, y es que me ha tocado participar en las fiestas de Jesús de Machaqa. Cada año, en estos meses de invierno en los que el trabajo es más fuerte, las fiestas en las comunidades y en los pueblos nos sorprenden con su vitalidad llena de música y de colorido. Esta vitalidad a veces se nos presenta como si atentara contra la seriedad de nuestro trabajo en los diversos proyectos. Muchas ve-

ces nos sentimos desconcertados ante el rostro que el pueblo nos manifiesta en sus fiestas. Hacemos esfuerzos para comprender la fiesta del pueblo, pero sentimos que en el fondo se nos escapa. Nos sentimos atraídos por ella, pero nuestra «seriedad» no nos lo permite. La fiesta en medio de este pueblo se nos presenta tan desbordante que nos plantea miles de preguntas al trabajo que realizamos en medio de tanta pobreza y tan carente de medios. Así, entre el trabajo con los pobres y la fiesta, se nos replantea la pregunta radical sobre nuestra presencia en medio del pueblo, como seguidores de Jesús.

En lo profundo del corazón resuena la afirmación de San Pablo a los Co-

rintios: «Mientras los judíos nos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos y necedad para los gentiles; mas para los llamados, fuerza de Dios y sabiduría de Dios».

Sentimos que una parte del pueblo nos pide «señales» (ritos, celebraciones, sacramentos, procesiones, construcciones, alimentos, donaciones...) y algunos políticos y autoridades nos piden «sabiduría» (ideologías, proyectos pensados y calculados, programas detallados, reuniones «serias», informes...). Y todo esto nos hace preguntar: ¿Qué tiene que ver con el seguimiento de Jesús en medio de los crucificados de la tierra? Compartir la suerte de los crucificados de la tierra «escandaliza» a unos, que no llegan a comprender que la única señal que les podemos dar es la de dejarnos empapar de la vida que surge de las entrañas del pueblo que sufre. A otros, que a lo largo de su vida han arrinconado el amor y la justicia a las esferas individuales de la vida y que viven absorbidos por sus «serios» conocimientos; esto les hace brotar una «sonrisa comprensiva».

Estos días de fiesta se nos hace como más patente que seguir a Jesús en la construcción del Reino en medio de los crucificados de la tierra solo es posible cuando en el corazón ha anidado la fiesta. El corazón del pueblo, a imagen y semejanza del Corazón de Dios, es un corazón de Fiesta, de Vida, de Resurrección. Así empezamos a comprender por qué la Fiesta produce en nosotros una atracción tan irresistible. Intuimos que como «en la casa de Dios», en su corazón, no hay otro lugar. La fiesta nos atrae porque

nos habíamos alejado y hemos retornado, estábamos muertos y hemos resucitado. La fiesta, adelanto de nuestra verdadera Pascua, es la manifestación de la gratuidad que se derrama sobre nosotros «sobrebundantemente». Y la gratuidad ciertamente «escandaliza» a unos y es una «necedad» para otros.

Participar en las fiestas del pueblo, sin poderlo negar, nos escandaliza. Las «apariencias» de la fiesta, con sus gastos increíbles, con sus excesos de alcohol, con su vitalidad en el baile, con los sincretismos de sus ritos, no nos permiten ver en su profundidad las manifestaciones de devoción que se expresan en sus rezos, en sus velitas, en sus lágrimas tan expresivas del sufrimiento que les rodea, en sus tambaleos llevando las andas del santo, y que adquieren la sencillez del *Abba* pronunciado por Jesús. No podemos negar que esta forma de sentir a Dios tan cerca nos escandaliza.

Dejarnos empapar de humanidad en medio de la fiesta del pueblo nos da la impresión de «perder el tiempo», de «necedad». Hemos aprendido muchas cosas, pero quizás nos hemos olvidado de la capacidad que tenemos los hombres de transformar el don de la vida en muerte, la bondad en mal, la alegría en desenfreno, el amor en egoísmo. Y que se nos recuerde en la fiesta la gratuidad, el don de la vida, no lo soportamos. Sentimos que nuestra ascética y fariseísmo, que nuestro voluntarismo y racionalismo, se nos derrumban ante tanto derroche de vida. No soportamos que la vida se nos escape de las manos y rompa nuestro «esfuerzo» y nuestro «sentido común», nuestras «normas y leyes» tan llenas de mediocridad y de aburrimiento. En el fondo, no sopor-

tamos que exista un perdón que lanza al olvido total el pecado y el mal, que permita al pecador empezar de nuevo y, sobre todo, que sea para todos igual y que se nos ofrezca «siempre». No soportamos ser igualados en el pecado, nos creemos buenos, por no decir más buenos que otros, en este caso, más buenos que los que pasan la fiesta.

Cristo y los crucificados de la tierra son la sabiduría de Dios que nos abre los ojos a la realidad: la historia está llena de proyectos latentes en los pobres y en los que se nos pide participar comprometidamente para que

los hombres vivan. Las deficiencias de estos proyectos están bañadas por la gratuidad otorgada por el Señor de la historia. El anhelo de fiesta manifestado por el pueblo nos señala que, a Dios, la historia no se le ha escapado de las manos. Cristo y los crucificados de la tierra son la fuerza de Dios que mantiene viva en nosotros la Esperanza de vernos libres de toda esclavitud. La fiesta del pueblo es una señal de que un día todos los hombres podrán beber, bailar, amar, ser libres, participar de la verdad, disfrutar de la justicia y vivir en paz para siempre. Un abrazo.

«Ayudar» es el verbo con que Ignacio de Loyola expresó modestamente su gran deseo de hacer el bien a los otros. Bajo este lema de servicio y sencillez, la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) ofrece esta serie de materiales ignacianos.

Cuadernos EIDES

Últimos títulos

- 89-90. *Discernimiento comunitario apostólico*. J. M. Rambla, J. M. Lozano (eds.)
91. *La plenitud del tiempo*. J. M. Lozano
92. *Oraciones a quemarropa*. L. Espinal
93. *Vivir en el espíritu*. F. Manresa
94. *Yo solo, ¿qué puedo ser?* C. Marcet
95. *Uno de tantos*. J. M. Rambla
96. *Cartas desde el Altiplano*. J. M. Fernández de Henestrosa (PPH)

La Fundació Lluís Espinal envia gratuïtament els quaderns EIDES. Si desitja rebre'ls, pídilos a:

Cristianisme i Justícia
Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
93 317 23 38 • info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net

También puede descargarlos en:
www.cristianismeijusticia.net/es/eides

